

CAPITULO IV.

EL FILOSOFISMO Y LA REVOLUCION.

Entiendo por Filosofismo esa mala filosofía que, so pretexto de huir de todos los errores, destruye todos los principios, lo cual prueba que no es mas que un Protestantismo desarrollado.

¿Llegó á ser otra cosa?

Bueno es observar que, del mismo modo que la de sus padres, jamas tuvo trabas su doctrina. El orden sobrenatural, aun revelado, no siempre fué repudiado por él, así como tampoco rechazó al Ateísmo. "Los que dejaban de creer, dice uno que figuró en la sociedad de aquel tiempo, y eran innumerables, no hallando en las tradiciones reverenciadas ningun punto fijo que los retuviese, ó que los reconciliase, despues de haberse separado á una de la creencia comun, pronto se separaban unos de otros, colocándose á diferentes distancias, sin poder hallar límites en parte alguna. Conmovidos siempre los unos por la santidad de los Evangelios, persistian en ver la Divinidad en la moral de Jesucristo, considerando como impiedad el hacer Dios al Hijo de María; los otros, cerrando todas las Biblias para no buscar al Creador mas que en la creacion, y la moral, mas que

en las mas tiernas y sublimes pasiones del corazon humano, se alejaban de todos los altares y de todos los sacerdotes, para solo adorar á Dios en su corazon y por sus virtudes. Otros, sin freno ni temor, creyendo ver salir de solo la palabra Dios todos los delirios de la intolerancia y los furores del fanatismo, revisten la materia de los atributos del movimiento y del pensamiento, como de los de la estension; juzgan su orden y sus desórdenes tan necesarios como su existencia; quieren que se le estudie por medio de observaciones, y que se le pregunte por medio de esperiencias; y que en vez de dirigir de rodillas oraciones á su poder, el genio del hombre se apodere de ese poder y lo ejerza." (Garat, *Memoria sobre Suard y el siglo diez y ocho*, t. I, p. 202.)

Todas estas divergencias afluan á reunirse en dos puntos: en el principio del error que la impulsaba á disolverse, y en la inconsecuencia de ese mismo error que la hacia subsistir.

El principio comun era la libertad de pensar aplicada á la destruccion de los dogmas; la inconsecuencia comun era la profesion, aun decimos poco, el apostolado de la moral cristiana aplicada en grande á la humanidad.

Esta profesion de la moral del Evangelio sin los dogmas y contra los dogmas, era para el Filosofismo lo que habia sido para el Protestantismo la profesion de fé en la Escritura sin y contra la autoridad de la enseñanza de la Iglesia.

"No sé porqué, decia Rousseau, quieren atribuir al progreso de la filosofía la bella moral de nuestros libros. Esta moral, sacada del Evangelio, era cristiana antes de ser filosófica; y solo el Evangelio es siempre seguro, siempre verdadero, siempre único, y siempre semejante á sí mismo." Sábese en el fondo lo que pensaba Rousseau del Evangelio. Sea de ello lo que fuere, que se rindiese ó no homenaje al Evangelio, la moral de este

en sus grandes aplicaciones de justicia, de humanidad y de tolerancia, era predicada por todas las bocas del Filosofismo. Cualesquiera que hayan sido los excesos de éste, y hasta en el Ateísmo y el Materialismo mas groseros, que evidentemente suprimen el fundamento lógico de toda moral, esa moral simpática á la humanidad, bienhechora, defensora y alivio de los pequeños y de los débiles, era profesada en razon inversa de sus fundamentos. Así, unos casi-cristianos como Vauvenargues y Thomas la predicaban, un casi-deísta como Rousseau la predicaba aun mas, y mas aún un casi-ateo como Voltaire; pero quienes sobre todo la predicaban con furor, con rabia, eran los ateos y materialistas declarados como Diderot, d'Holbach, Naigeon, á quien por esto le llamaron *carnero rabioso*.

Bajo ese punto de vista el Filosofismo era semejante al Protestantismo, que respeta la Escritura mucho mas que el Catolicismo, tanto mas, cuanto que la acomoda y la hace servir al culto de la razon. El Filosofismo era fanático por la tolerancia; pues para él era sagrada, como lo es la Escritura para los protestantes.

Es (y nunca me cansaré de repetirlo) que nada puede subsistir ni obrar sin la verdad. Ni él mismo puede pasarse sin ella, y tanto mas está obligado á aceptarla, cuanto que trata de superarla en poder. Atáquela mas y mas y de seguro necesitará para sostenerse, aceptar el apoyo de esa verdad, y lo hace con un énfasis que le traiciona lo mismo que su furor. Los verdaderos discípulos de la verdad, que viven en comunión constante y familiar, si así me atrevo á decirlo, con ella, la profesan y la practican sin tanto ruido, con menos apariencias. Cállase su boca; pero sus costumbres la elogian. No apostrofan la verdad, ni toman fastuosamente esta divisa: *Vitam impendere vero*: sino que la pintan llana, se-

gun lo que espresa la Verdad misma de Jesucristo, de quien besan silenciosamente los piés, con gran desprecio de los fariseos.

Cuando leais alguna página apasionada y entusiasta en favor de la verdad, como por ejemplo, la tan célebre de Juan Jacobo sobre el Evangelio, poneos en guardia, y creed que el reverso de esa página no es bueno.

Así es que, no obstante las bellas páginas de tolerancia y de humanidad, el Filosofismo proseguía la obra del libre exámen. No habia dogma que no minase, por medio de la moral.

No es mi ánimo decir que todo fuese cálculo en esa conjuración: no; yo honro demasiado á la humanidad, y creó mucho en el ascendiente de la verdad para no admitir que esta haya tenido cierta parte en todos esos sentimientos de humanidad y de tolerancia, cuya expresión se nota en todos los escritos de aquel tiempo; pero sí digo que esa parte de verdad no servía, segun el uso que de ella hacian, mas que para engañar á los mismos que la profanaban poniéndola al servicio del error. Cuando no se está de lleno en la verdad la misma verdad es engañosa.

Lo que sobre todo me importa hacer observar es que todos esos sentimientos, aparentemente generosos, eran en el fondo, mas bien odio contra los opresores, que verdadera piedad hácia las víctimas. La misma indignación, sentimiento mas noble que el odio, tenia en ello muy pequeña parte, observación justa que antes ha hecho Mr. Bungener. En fin, este mismo odio, triste aunque necesario es decirlo, en lo poco de valor moral que tiene, se hace muy sospechoso, cuando se tenga en cuenta que no se declaraba sino exprofeso, segun la necesidad y la causa, y que segun la misma causa, volvíase á menudo contra las víctimas, con una crueldad

mas implacable que la de sus opresores. Con algunos ejemplos demostraremos esto.

Tratándose, por ejemplo, de cristianos, no es necesario decir que el mismo Neron y todos los otros perseguidores hallan apologistas en los fanáticos de la tolerancia. Conocidas son las cartas en que Gibbon trata sobre este particular, páginas que han llenado de indignación á Mr. Villemain. Nos bastará que citemos aquí el modo de que se vale Voltaire para dar excusa á estos suplicios: “Fueron los judios los que acusaron á los cristianos de haber incendiado á Roma, por lo cual se hizo entrega de algunos de estos á la vindicta pública.” (1)—De este modo descarga Voltaire á Neron de haber ordenado el suplicio de los primeros cristianos, y hace sospechar que estos lo merecieron, dado que su muerte fué necesaria para la vindicta pública; y en fin, con malicia harto refinada, destruye á los judios, y con estos á los cristianos, lanzándoles lo odioso de la acusación. Nunca en menos palabras se habrá dicho tan gran número de mentiras, ni se habrá hecho uso de tanta inhumanidad y tanto odio.—Con respecto á la espantosa persecucion de Galerio en tiempo de Diocleciano, “es evidente, dice, que si los clérigos de Nicomedia no hubieran chocado directamente con los lacayos de César Galerio, y que si un entusiasta insolente (un cristiano) no hubiese desgarrado el edicto de Diocleciano

(1) Tácito, que tan inhumano aparece en la narracion de este hecho, ciego como le tenían sus prevenciones paganas, no lo es tanto como Voltaire que escribia la historia auxiliado por las luces que de sí dieron diez y ocho siglos de cristianismo. Por lo pronto no disimula que fué crecido el número de los mártires, *multitudo ingens*; despues no rechaza la acusacion contra los judios, y desmiente el objeto de esta acusacion. No puede negar, en fin, la expresion del sentimiento piadoso hácia los mártires, de que dió muestra la multitud, aunque ya acostumbrada á las escenas de muerte, *miseratio oriebatur*. El autor de *Zaira* no ha tenido esa piedad.—

(nótese que habla del edicto de la *persecucion*), nunca este emperador, hasta entonces tan bueno, y casado con una cristiana, habria permitido la *persecucion* que estalló en los dos últimos años de su reinado.” [*Ensayo sobre las costumbres*]. Dedúcese de ahí que los culpables de la persecucion que sufrieron son los mismos mártires. ¡A fé que si á modo de hecatombes enrojearon con su sangre durante dos años los cadalsos, muy bien se lo tenían merecido! ¡Por qué fué un insolente á desgarrar el edicto que A ELLO LOS CONDENABA? ¡Sobra de causa tenia para decidirse al esterminio un emperador tan bueno como Diocleciano!—¡Y sin embargo aquellos mártires eran los mártires de esa misma libertad de que Voltaire lleva el nombre de pontífice!

Sábese que Voltaire ha perseguido sin tregua á los judios, solo por odio al Cristianismo, del que son los judios como las medallas de fundacion. (¡Estraño destino el de los de este pueblo; estar mas espuestos á ser el blanco de los enemigos del Cristianismo que de los mismos cristianos, y no haber hallado abrigo mas constante contra el odio universal que el del Catolicismo en Roma, junto al representante de AQUEL á quien pusieron en la cruz!)—Bastarán pocas palabras entre mil que pudiéramos citar para que se vea como el gran apóstol de la tolerancia la ejerce respecto al particular que nos ocupa: “Han degollado, dice, en tiempo de Trajano, en la Cirenáica y en la isla de Chipre, á mas de doscientas mil personas, y fueron castigados, pero no tanto como se lo merecian, PUESTO QUE AUN SUBSISTEN.” ¡Cuándo inspiró el fanatismo de los tiempos mas bárbaros, palabras semejantes? No hay duda, los judios eran la pesadilla de Voltaire.

Pero, se nos dirá, esas son apreciaciones históricas, y Voltaire no hubiera aplaudido persecuciones verificadas en su época. Escuchad: “Dícese que han enroda-

do al reverendo padre Malagrida; ¡bendito sea Dios!" (Carta á la condesa de *Lutzelbourg*).—"Me escriben que *por fin* se han decidido á quemar tres jesuitas en Lisboa. Noticias son estas en extremo consoladoras." [*Carta á Mr. Vernes*].

Si un inquisidor español al servicio de la política de Felipe II, hubiese escrito líneas así tan friamente atroces, ¿qué no hubiera dicho Voltaire contra el fanatismo? Y no se olvide que la inquisición política defendía un estado social; que el fanatismo ardía en la llama de una convicción religiosa; y que, respecto á las costumbres de la época, podemos, si no justificarlas, comprenderlas á lo menos y explicarlas. Pero ¿qué defendía Voltaire? Qué convicción le inspiraba? Odio y destrucción eran sus dioses, y movido por ellos, aplaudía en el siglo de las luces y de la tolerancia los sacrificios mas salvajes.

Pero Calas, dirán, ofrece una página que no podeis quitar á Voltaire, y por la cual es justo perdonarle muchas otras. Dejaré que un protestante, persona mas desinteresada que yo en la cuestion, se encargue de la respuesta: "El siglo diez y ocho, dice Mr. Bungener, no se hallaba en estado de indignarse; y cuando no se puede hacer gran ruido sobreviene el silencio; se espera en la mayor calma la mejor ocasion de encolerizarse. Los protestantes podrán sufrir y gemir las tres cuartas partes del reinado de Luis XV, sin que brote una sola voz generosa en su favor, sino mas bien para facilitar armas, como lo veremos mas tarde, contra ellos. Muere Calas, y hele ahí altamente favorecido; porque entrevieron que podian sacar mucho partido de ese cadalso." (1)

(1) *Voltaire y su tiempo*, t. I. p. 141: "Escaseaba el amor á la humanidad, añade Mr. Bungener, muy particularmente en los que

He aquí otra repugnante exhibición del reverso de esta bella humanidad filosófica. No nos complacemos en el triste ministerio que ejercemos ahora; pero es tan necesario como el del médico. Concedámosle de nuevo la palabra á Mr. Bungener. "Ese pobre general Lally cuya rehabilitación debia hacer tanto honor á Voltaire, no arrancó á este al principio las menores quejas. "¿Os ocupais mucho, escribia á d'Alembert, algunos dias despues de la ejecución, de la mordaza de Lally y de su robusto cuello que tronchó con tanta torpeza para su primer ensayo el hijo mayor del verdugo?" Y añade, siempre en estilo de chanza, que Lally era un personaje tonto, un vil señor, á quien, segun su opinion, solo podia concedérsele que no era traidor, y que no debió haber muerto en un patíbulo. D'Alambert opina del mismo modo. "Este Lally era un hombre odioso, le responde, un mal sugeto que merecia se le matase de cualquier modo, menos en el cadalso." (1) Sea de ello lo que fuere, duerma en paz." Pero no tardaron en variar de tono. Cambióse la opinion pública, y entró de moda la creencia de que Lally era inocente. Fuéralo ó no, porque Voltaire siguió ocupándose muy poco del fondo de la cuestion, mucho ruido ha de hacerse con motivo de esa tumba; y lo harán; lo harán hasta concluir por aturdirse, y por tomar la cosa en el sentido sério. (*Voltaire y su siglo*, t. I, p. 142).

hacian públicamente profesion de tenerlo. Nunca faltaba algun interés oculto, ni polémica, ni agrura al través de esos consejos de tolerancia y de amor; porque no se tiene amor á todos los hombres, sino tan pronto á unos como á otros, guardando siempre odio á algunos. ¿Se trata de poner en pié alguna injusticia, ó alguna crueldad ingeniosa? pues en el fondo estarán infinitamente menos conmovidos de la desgracia de las víctimas que alegres por aniquilar á los opresores. Y no es esto indignación, es odio, ó cuando menos cólera.

(1) Lally murió como cristiano.

Traslúcense dos sentimientos en la voluminosa correspondencia de Voltaire: el desprecio implacable al pueblo, una vez tomado el partido de su ignorancia y de su esclavitud; y el servilismo de la adulacion llevado hasta el cinismo de la idolatría hácia los grandes, hácia sus vicios y sus crímenes.

Podríamos multiplicar las citas, hasta lo infinito; pero esto nos retardaría demasiado; así nos contentaremos con remitir al lector al buen libro de Mr. Bungener, donde verá las cosas mas inauditas en materia de villanos y odiosos mentís, dados por los filósofos á su filosofía. ¿Quién fué el primero en aconsejar, en impulsar esa particion de Polonia? Fué Voltaire. En 1770, admírase que el rey de Prusia no intervenga en las agitaciones de este país. Le responde el rey que al envejecer se ha ido haciendo sábio. Insiste Voltaire, manifestándole que no debe despreciar una ocasion tan bella. Se contentará sin embargo, dice, "si en esa zambra redondea el rey á su Prusia."—Pero ¿y la justicia? la filosofía?—"En materia de filosofía, responde, la forma redonda es mas perfecta."

No contento con esto, inmola Voltaire á la misma Francia por medio de los impíos votos que hace para que sufra una derrota en los campos de Rosbach, rasgo idéntico al de Rousseau respecto á Génova, donde su *Emilio* enciende la guerra civil, y donde la atiza aun mas con sus *Cartas sobre la montaña*. El amor patrio no dice nada á esos corazones que rebosan en sentimientos generosos y patéticos cuando se trata de aniquilar á sus enemigos.

Voltaire llegó hasta el extremo de inventar una máquina de destruccion, una especie de carro por cuyo medio seiscientos hombres podrian destruir á diez mil, *nueva cocina*, que llenaba de gloria á su autor, y por la cual fatigó hasta ridiculizarse al mariscal de Richelieu,

al rey de Prusia y á la emperatriz Catalina, para que hiciesen el ensayo, y aun para que buscasen una ocasion de guerra en que emplearla.

¿Quiérese en fin una prueba mas fuerte de la truhanería filosófica en cuanto á la humanidad y la tolerancia? He aquí una oda declamatoria contra los reyes, los conquistadores, *esos opresores de los humanos que no tienen otra ley que el poder, ni otro derecho que la violencia*, y á quienes dice el poeta:

Conquistadores indignos,
Con la sangre cimentais
Vuestra aborrecida gloria,
Y á la sangre despues, servil llamais.

¿Quién tué ese poeta? Nada menòs que el mismo Federico, el terrible conquistador. Sus palabras chocan tan directamente con sus hechos, que Voltaire no pudo menos de reír, segun su costumbre, en las siguientes palabras: "Me hallo muy dispuesto á creer, le escribe, que la oda sobre la guerra es de algun pobre ciudadano, buen poeta por otra parte, cansado de pagar el décimo y ver asolar sus tierras por las querellas de los reyes. Pero me engaño. Es del rey que ha empezado la camorra: del que ha ganado una provincia y cinco batallas. Señor, vuestra majestad hace hermosos versos; pero se burla del mundo."

Federico no era el unico. Todos los filósofos hacian otro tanto; y el Filosofismo entero y verdadero se burlaba del mundo, ahondando el abismo que habia de tragárselo.

Pero no obstante, dicen, la tolerancia ha prevalecido, y el honor de este resultado no se lo podeis negar á la Filosofía.

Convengo en ello: la tolerancia ha prevalecido en

nuestras leyes, costumbres é instituciones; el *espíritu nuevo de actividad libre del hombre*, como lo nombra y define muy bien Mr. Guizot, es el hecho característico, inmenso de la civilización actual. Preciso es saber contar con él, só pena de que lo arrastre á uno su movimiento, y pierda el derecho de dirigirlo. Esto es cierto, y suscribimos á cuanto sobre el particular ha dicho Mr. Guizot. En nuestros tiempos somos como él, ó mas bien en todos tiempos somos como la Iglesia. Añadimos que, y esto no ha creído él poder decirlo, el Protestantismo y la Filosofía del siglo diez y ocho, no han sido estraños á ese gran resultado. Mas ¿de qué modo?—;Ente! dámonos!

He aquí sobre materia tan importante y delicada, una consideración que propongo al exámen de mis lectores. Es como la llave de este enigma del *espíritu nuevo* que arrojan siempre á los católicos, y que los tiene en el doble embarazo, ó de transigir con el mal aceptando ese espíritu, ó de dejarle el paso repudiándolo.

El error es menos la negación que la falsificación de la verdad, y es lo cierto, que jainas se separan estos dos en el mundo, y que ha habido un legítimo desarrollo de la razón general, así como ha habido otro falso y culpable; y así como ha habido un verdadero y legítimo progreso de la libertad y de la tolerancia, del mismo modo ha habido uno desordenado y funesto.

Ved aquí ahora la ley de la relación que existe entre estos dos desarrollos:

El espíritu de error, advertido por el interés que tiene en recomendarse de alguna verdad y en cubrir así su juego de destrucción á los ojos de la naturaleza humana, que no lo recibiría jamás á cara descubierta; maravillosamente servido por ese instinto, busca y halla con largueza el punto por donde la verdad se empeña con éxito en desarrollarse para el mundo. Desde el momen-

to en que la apercibe, le toma la delantera, se apodera de aquel punto, arma allí gran ruido, se arroga la iniciativa, la ultraja separándola del cuerpo entero de la verdad, al cual vuelve contra ella, hasta hacerlo falso y funesto, hasta hacer que la verdad misma sea peligrosa para la verdad, y obligar á abstenerse á los verdaderos discípulos de ésta, como ya no fuese á conspirar de nuevo contra ese funesto desarrollo, quizás á volver sobre ese otro desarrollo saludable que ellos mismos habían ya impreso á la verdad. Los partidarios del error no se descuidan en sacar provecho de esta sábia conducta de los discípulos de la verdad, denunciándolos é inmolándolos á la opinión como á enemigos del progreso social. Y si la conducta anterior de estos últimos desmiente de un modo muy claro semejante calumnia, entonces los partidarios del error se les dan impunemente por antecesores, y no vacilan en disfrazar á un Massillon, un Fenelon, un Vicente de Paul, á quien hubieran inmolado vivos, con los honores de su infame apoteosis. ¿Qué sucede sin embargo? Que no siendo la verdad en sus manos otra cosa que un arma contra la verdad, en manera alguna la hacen progresar, y antes bien la desnaturalizan con este uso, la comprometen con sus excesos, y la retardan acumulando ruinas en su camino. En fin, una vez terminada la crisis de destrucción, la verdad recobra el curso de su legítimo desarrollo; pero como halla el programa y las fórmulas de este desarrollo trazadas ya por el error, su trabajo se reduce á completarlos, y haciéndolo, deja la apariéncia de la obra á su rival, quien no se descuida en atribuirse la iniciativa, revindicando su resultado.

Si he de decir todo mi pensamiento, bajo el punto de vista providencial, en este órden superior en que la acción del mal importa al bien, segun la verdad de esta palabra, *Oportet et hæreses esse*, no vacilaré en confesar

que la lucha sirve de estímulo á los discípulos de la verdad; que sin ella se debilitarian, se dormirian en su posesion, como en un campo que por sí solo produce y no ha menester cultivo para dar cosecha á su indolente señor; pero en el cual esa falta de cultivo es causa de que no produzca cien veces mas. El partido que saca la Providencia del error, consiste en trazar su tarea á los discípulos de la verdad, en mostrarles por qué punto se hallan atrasados, y en ponerlos en aptitud de adelantar. El espíritu de error, como lo llevamos dicho, se presta maravillosamente á tal servicio; porque su interés le da un sentido esquisito para hallar la parte débil del enemigo, y una audacia inaudita para iluminarlo. Pero tan propio como es para señalar las reformas, otro tanto es impotente para cumplirlas. Este es un hecho cierto. Ni siquiera puede mas que falsear, desnaturalizar y pervertir su objeto, hasta el punto de poner en la realidad de las cosas y en las palabras, lo contrario de lo que estas significan; de ahí viene el desarreglo mas completo bajo el nombre de reforma, la opresion bajo el nombre de tolerancia, la esclavitud bajo el de libertad, el trastorno monstruoso de las condiciones bajo el de igualdad, y bajo el santo y dulce nombre de fraternidad, la muerte. Solo pertenece al espíritu de verdad y los que inspira, la obra de realizar modestamente los fastuosos programas del error.

Ved la parte del error y de la verdad en el comun trabajo de la civilizacion: ved en particular lo que reporta el Filosofismo de todo ese gran brillo de tolerancia, de justicia, de humanidad, de mejora de las clases pobres, de progreso social, con que ha enmascarado la destruccion de todos los dogmas, de todos los principios, sin los que no puede haber mas que opresion, revolucion, injusticia, inhumanidad y barbarie.

Por lo pronto, el Filosofismo se lisongeo de conjurar

las consecuencias de su obra y pensó que solo destruia doctrinas; cada filósofo se entregaba por ello á la alegría de todo corazon, hiriendo á su modo, inspirado por sus odios particulares, con las armas que le eran propias; este como deísta, aquel como ateo, el otro como discípulo de Spinoza, todos como enemigos de la *infame*, es decir, de la Iglesia, que sola en Francia representaba la *supersticion*; de esa misma Iglesia que, bajo el nombre de *prostituida*, habia ya recibido los primeros golpes de Lutero, y que recibirá hasta el fin los de todos aquellos que quieran penetrar en el corazon de esa sociedad, cuyo baluarte es la Iglesia.

No querian ir mas lejos que ella en la destruccion, y en el hecho á lo menos, respetaron las soberanías temporales. Se las creia invulnerables, creencia que tambien abrigaban ellas mismas hasta dejarse atacar de palabra, y repetir locamente á todos las declamaciones de que empezaban á ser objeto. Lo que las cegaba eran las adulaciones y alabanzas que hasta los mismos filósofos les prodigaban, y sobre todo su creencia de que la destruccion de la Iglesia les aprovecharia, libertándolas de su yugo. Toleraban á los filósofos las insolencias por las adulaciones y mas aun por las impiedades, por los despojos espirituales de la Iglesia, que estos les presentaban en homenaje. Este interés sacrílego cegaba de tal modo á las soberanías, que no solo toleraban á los filósofos sino aun los patrocinaban, pagaban su ejército, elevaban á sus gefes al grado de partícipes en cierto modo de sus coronas, y descendian á sus filas para poner su real mano sobre esta Iglesia, que sin embargo era la salvaguardia de su autoridad, tanto como lo era de la sabia libertad de los pueblos (1.)

(1) El acuerdo de los filósofos y de los soberanos para dividirse los despojos espirituales de la Iglesia, y la ilusion que los cegaba sobre este punto se hallan mas de una vez en la correspondencia de

Esta ilusión subía mas alto: la hallamos en el corazón de Luis XIV, y (permítanos esta verdad la memoria venerada de tan grande hombre) no estaba muy lejos del espíritu de Bossuet, ni bastante dominada por su carácter.

Queremos hablar de la declaración de 1682.

He aquí sobre esta materia reflexiones cuya justicia sería difícil no reconocer, y cuya fuente, por otra parte, no es sospechosa. No son de un ultramontano.

“La trascendencia política de semejante acto, dice Luis Blanc, era inmensa. Elevando á los reyes sobre toda jurisdicción eclesiástica, quitando á los pueblos la garantía que les prometía el derecho concedido al soberano Pontífice de vigilar á los dueños temporales de la tierra, la declaración de 1682 parecía colocar los tronos en una región inaccesible á las tempestades. Esto engañó á Luis XIV: creyó haber dado á la monarquía absoluta, bases eternas, librándola del mas respetado de los contratos. Pero en esto su error fué profundo y da lástima. El poder absoluto, en el verdadero sentido de la palabra, es quimérico, es imposible; pues no ha habido nunca, gracias al cielo, ni habrá jamás despotismo irresponsable. Sea cual fuere el grado de violencia á que llegue la tiranía, el derecho de registro existe siempre contra ella, aquí bajo una forma, y bajo otra allí. La declaración de 1682 no cambiaba en nada la necesidad de este derecho de registro; luego no hacia

Voltaire: “Todas las bulas del mundo (dice hablando de una enfermedad del Delfin) no valen lo que el pecho y la fe de un hijo único del rey de Francia.—Los filósofos no piden mas que tranquilidad: y no hay un solo teólogo que no aspire á hacerse dueño del Estado.”—“No se ponía en duda que la causa de los reyes fuese la de los filósofos; sin embargo es evidente que algunos sábios, que no admiten dos potencias, son los primeros sostenedores de la autoridad real, &c.” El Filosofismo, en esto como en todo lo demás, no hacia mas que respetar y continuar el Protestantismo.

mas que mudarla de puesto quitándosela al papa; y lo hacia esto para trasportarla al parlamento desde luego, y mas tarde á la multitud.

Es demasiado cierto que los papas han dejado muchas veces de mirar por los pueblos, si esceptuamos á Gregorio XII. Pero la locura precisamente de Luis XIV y de sus ministros, fué el no haber comprendido que la competencia de los papas en materia de soberanía, era protectora de los reyes lejos de serles contraria. Bien lo probó el resultado. Llegó el momento en Francia en que la nación se apercibió de que la independencia de los reyes era la servidumbre de los pueblos. Entonces se levantó indignada, agotados los sufrimientos, para pedir justicia; pero como la desatendiesen los jueces del trono, la nación se constituyó en juez por sí misma, y reemplazó la excomunión con una sentencia de muerte.

“El segundo artículo de la declaración no era menos revolucionario que el primero; porque afirmar la superioridad de los concilios sobre los papas era ir á parar en la de las asambleas sobre los reyes. ¿Qué motivo habia para que una monarquía temporal fuese mas absoluta que una espiritual? ¿Luego es decir que era mas sagrada una tiara que una corona? Ved hacia qué grado temible precipitaba á los espíritus la declaración de 1682....” (*Hist. de la Revol. fran., t. I, p. 252.*)

Así es como el vencedor dá la lección al vencido, y le hace ver que ha perdido la batalla.

Ademas, cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre la declaración de 1682, su defensa ó su ataque no pasarían de ser hoy un puro anacronismo. El peligro no viene del Papa, ni morimos por el abuso de su autoridad; viene de la calle, de la anarquía, de la impiedad armada, de la invasión de los bárbaros. Preocuparse hoy del derecho de las coronas respecto al Papa, cuando son el juguete frágil de las revoluciones; ó de las li-

bertades galicanas, cuando los atentados de la licencia destronan al mas dulce de los papas del Vaticano, ó no le permiten quedar allí sino custodiado por diez mil bayonetas, no es conocer su tiempo. Los soberanos hoy son los bárbaros, cuyo torrente y furor crecen sordamente bajo la mano providencial que los contiene, y cuya mano es mortal. ¡Ojalá que los Papas pudiesen tener sobre estos soberanos el derecho de registro y detenerlos en el umbral de nuestras habitaciones, como en otro tiempo detuvieron á Atila á las puertas de Roma!

Cuando se desvía el hombre de la tan delicada punta de la verdad es inaudito lo pronto y lejos que marcha en el error, sobre todo en Francia. Así la declaración de 1682, pasando de las manos de Bossuet á la de los parlamentos y á la de los jansenistas, no obstante el esfuerzo que hizo el génio y la buena fé de este grande hombre para disputársela, llegó á ser una palanca de insurreccion contra los tronos, un yugo de cisma para la Iglesia, los escalones del cadalso para el mejor de los reyes; condujo á los sangrientos sucesos del 6 de Octubre, á la constitucion civil del clero, al sombrío reinado de la Convencion.

El Filosofismo enriqueció desde luego su obra con todos los escándalos á que dieron lugar el ataque y la defensa de esta declaracion; y ejecutó en gran escala la separacion del trono del registro de la Iglesia, derribando esta completamente, y con ella toda creencia.

Por esto mismo descubrió completamente los pueblos al despotismo de los soberanos.

No estando ya los pueblos consagrados á los ojos de los soberanos por la fé que se los mostraba como hijos de una misma madre y miembros padecientes de un mismo Redentor, ya no los consideraron sino como á rebaños viles. No estando ya consagrados los soberanos, á los ojos de pueblos, por esa misma fé que les hacia

ver en ellos á los hijos mayores de la Iglesia y á los mandatarios de la Divinidad, no los vieron ya sino como á usurpadores responsables de su poder. No siendo unos y otros mas que hombres iguales, no ya ante Dios, sino ante ellos mismos, y envileciéndose recíprocamente por el uso que hacian de sus condiciones, y por los medios de tiranía ó de revolucion que empleaban para franquear los límites, no fueron mas que enemigos que se midieron. Pero en esta lucha de hombre á hombre, faltando allí Dios, el derecho natural era para los pueblos, para recuperar su completa independenciam, mas que esto, para que la masa se refiriese á todos los privilegios que hasta entonces habian constituido las desigualdades políticas, civiles y aun sociales, y para la espiacion de sus abusos seculares. Así, á la muerte de un padre comun, los hijos desnaturalizados se disputan las partes de su sucesion, y cuestionan y se reclaman sobre las ventajas que de ella han recibido, con desprecio del testamento en que sábiamente quedó marcada la particion.

Aquel día, decirse puede que los polos del mundo cristiano se trastornaron, ó para emplear una imájen mas justa, que la pirámide fué arrancada de su base, y que se trató de *constituirla* por su extremo opuesto. La sociedad, en efecto, y sobre todo la sociedad cristiana, habia reposado siempre en la base del deber, y trataron de fijarla por el extremo opuesto del derecho. Sistema tan monstruoso, aun para quienes lo proclamaron, que se vieron en la necesidad de disfrazarlo bajo la misma nocion del deber que violaba, llamando á la insurreccion deber, y el mas santo de los deberes.

Tal es el gran principio de 1789, que responde en política esactamente al que espuso Lutero en religion dos siglos antes; ó que mas bien no es otra cosa que el mismo principio pasado del órden religioso al filosófico, y

de este al político. La revolucion inaugurada por Lutero, y sucesivamente victoriosa contra la Iglesia y la tradicion, contra la Escritura y la revelacion, tenia mucha razon contra la sociedad y la autoridad política. Los protestantes religiosos, filosóficos, políticos y socialistas se dan la mano: todo se encadena en el desórden como en el órden; porque el desórden es el mismo órden atacado, y participa, para su castigo y propia destruccion, de esa lógica que hace la felicidad y estabilidad del órden.

Si el órden sobrenatural, enseñado por una Iglesia que de él ha recibido el espíritu y el poder del mismo Revelador, ha podido ser atacado por Lutero en el seno de una sociedad fundada sobre este órden y formada por esta enseñanza, con mas razon el órden sobrenatural, enseñado por la sola razon individual de Lutero y de cada protestante, ha podido ser atacado por esta misma razon y trastornado por los filósofos. Y si el órden sobrenatural ha podido ser trastornado por los filósofos, con mas razon el órden político y social ha podido serlo por los revolucionarios y lo puede ser por los socialistas. Este trastorno es un derecho relativo, al cual filósofos y protestantes nada tienen que responder, y ante el cual deben ir: lo que no han dejado de hacer, á riesgo de llevar el mentís mas ridículo é impotente, el dia en que les llegó la destruccion.

En 1789, ese derecho relativo de trastorno era ya tan lógico, que los mismos que se interesaban mas en contestarlo, los grandes, los señores, los soberanos lo reconocian. La decadencia de las superioridades políticas y nobiliarias se verificaba por sí sola, y por las mismas manos de sus poseedores y titulares. Y no se cambie aquí el sentido de nuestra observacion. No queremos decir que las condiciones de estas superioridades fuesen inmutables, y que no pudiesen ó debiesen cambiarse;

pero si decimos que sacrificar á la insurreccion, reconocerle, inmolarle de repente y entera una sociedad existe; mas que esto, entregarle sin pudor ni valor la honra y sabiduría de una sociedad pasada, no reservar el derecho de los antepasados, y acusándose, acusar á la vez de usurpacion é iniquidad á una sociedad de diez siglos de grandeza y gloria, y restituir su noble herencia como un bien mal adquirido, es abjurar toda sociedad, todo órden; es profesar el caos, es confesar la nada.

Ahora bien, era tal la situacion en que el Protestantismo y el Filosofismo habian colocado á la sociedad, que se hacia necesaria esta confesion.

Tuvo lugar en la harto célebre noche del 4 de Agosto, en esa orgía legislativa, á la que denominó justamente Rivarol *la San Bartolomé de los propietarios*.

